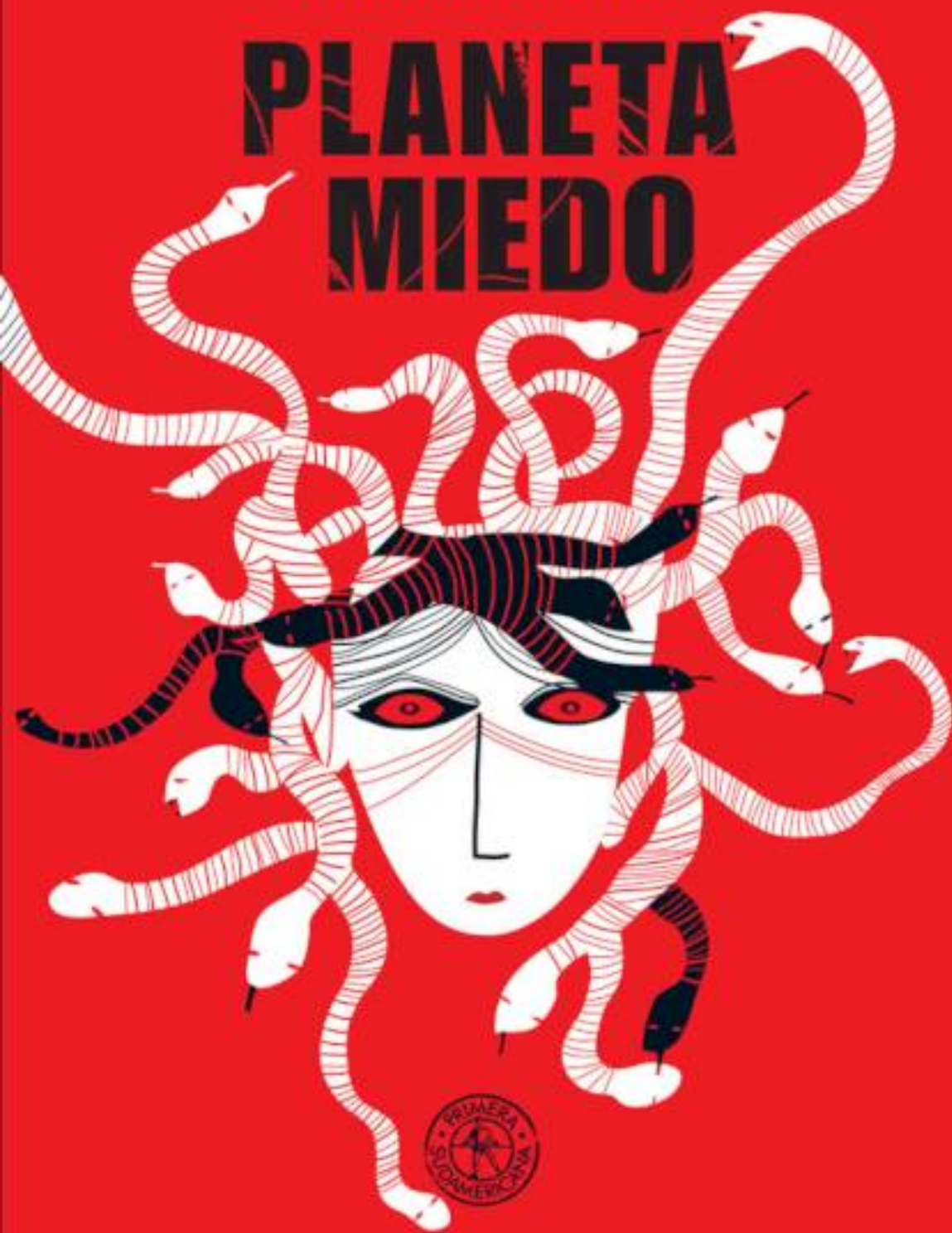


Ana María Shua

PLANETA MIEDO



Ana María Shua

Planeta miedo

Sudamericana

Si alguna vez...

- *Te tapaste la cabeza con la frazada para no escuchar ciertos ruidos.*
- *Te acercaste a la cama de tus padres y/o hermanos para asegurarte de que todavía respiraban.*
- *Viste crecer amenazantes las manchas de la pared.*
- *Cerraste fuerte los ojos deseando que la noche pasara de una vez.*
- *Decidiste dormirte con la luz prendida.*
- *Creíste ver algo con el rabillo del ojo, algo que desaparece cuando lo mirás de frente.*
- *Te diste cuenta de que un extraterrestre se apoderó del cuerpo de un pariente cercano...*

Si te sucedió alguna de estas cosas, entonces no necesito explicarte nada. Ya sabés cuál es la más temible fábrica del terror: tu propia mente.

Así como la tuya, las mentes de los seres humanos en todas partes del mundo han imaginado seres espantosos que sirven para explicar el miedo sin razón. Cada pueblo, en cada época, tiene sus propios monstruos. Son diferentes, pero todos tienen alguno. Hay un gran miedo en común: el de los muertos que se resisten a quedarse tranquilamente

dormidos en sus tumbas. No hay grupo humano en este mundo que no tenga sus historias de fantasmas o de muertos-vivos.

Los monstruos son muy variados. Los escoceses crearon una especie de centauro que combina hombre y caballo y surge del agua mostrando su horror: no tiene piel y sus músculos y tendones se exhiben en repugnante movimiento. En lugares tan distantes como los Balcanes y el África, se teme a los bebedores de sangre, unos con afilados colmillos, otros con dientes de hierro. En Rusia, la bruja Baba-Yaga cruza los aires en su mortero, y el brazo del mortero es un fémur humano. En Brasil recorre las calles nocturnas una mula sin cabeza que echa fuego por las narices. Entre los indios iroqueses se teme a las Cabezas Voladoras, con sus dientes terribles, sus grandes ojos amarillos y las garras que brotan del aire.

Las historias de este libro no fueron inventadas por mí. Son cuentos populares, es decir esos cuentos que pasan de boca en boca, que las abuelas les cuentan a los nietos sin saber de dónde salieron, y que hace tantos años les escucharon, un poco asustadas, a sus propias abuelas. Todo lo que hice fue volver a contarlos a mi manera.

En cada lugar de la Tierra hay una forma diferente de convocar el terror, de explicarlo, de mantenerlo bajo control. Y a mí me interesa conocerlas. Con un libro en la mano y sin moverme de la silla, como vuelan los médicos-brujos en sus viajes astrales, soy capaz de recorrer las cuevas más tenebrosas en busca de cadáveres vivientes y demonios que devoran carne humana. Para traerlos aquí, para que te los lleves a tu casa: son los personajes de la loca imagina-

ción humana con los que convivimos en nuestro Planeta Miedo.

La esposa muerta

Cuento coreano



El emperador citó cierto día a su primer ministro para hacerle una pregunta privada y personal. Quería saber por qué no tenía esposa. Como él mismo se había casado más de una vez, la actitud de su ministro, su insistencia en permanecer soltero, le parecía incomprensible y hasta sospechosa.

–Me has servido con inteligencia y fidelidad –le dijo–, pero muchas voces se alzan en secreto contra ti. A la gente común le resulta extraño que un hombre de tu edad no haya encontrado una esposa adecuada para formar una familia.

El primer ministro inclinó la cabeza y durante largo rato permaneció en silencio ante el emperador. Por fin alzó los ojos y en ellos brillaban lágrimas.

–Amado emperador –dijo el ministro–, he sido un hombre casado. Te contaré la historia de mi vida. Si en algo aprecias la lealtad absoluta con la que te he servido, dame ahora tu respeto y tu silencio.

Y comenzó a relatar su terrible historia.

Era muy joven cuando me casé. Tan joven que jamás había estado con una mujer. Después de la ceremonia de bodas en casa de los padres de mi novia, que vivían en otro pueblo, me quedé en nuestro cuarto nupcial esperando que trajeran a mi joven esposa.

Estaba aterrado, confuso. Tenía mucho miedo del momento que se acercaba, porque no sabía qué hacer, qué se esperaba de mí. Me senté en un rincón, con los brazos sobre la mesa, de espaldas a la puerta. Su madre la condujo hasta mí y nos dejó solos. Yo era tan tímido que no me atrevía ni siquiera a darme vuelta y mirarla. Ni pensar en hablar con ella.

Así nos quedamos los dos, sentados en silencio durante un buen rato, hasta que de pronto sentí que me tiraban de la manga. Se me heló la sangre en las venas. ¡Mi novia se atrevía a tocarme las vestiduras! ¡Esa joven supuestamente tan ingenua! Apabullado por ese avance completamente impropio de una muchachita inocente, me levanté de un salto y escapé de esa casa y de ese pueblo, corriendo hacia lo de mis padres.

Después de eso me entregué a mis estudios: fui a vivir a un templo en la cima de una montaña y permanecí allí durante muchos años, hasta aprobar todos mis exámenes. Por fin me había convertido en funcionario del Imperio. Me nombraron magistrado en Nam-yang, en la provincia de Gyong-Gi.

Emprendí el viaje hacia Nam-yang. Por el camino iba distraído, pensando en mis nuevos deberes, cuando pasamos por un pueblo importante. Mi carruaje se detuvo en la calle principal. Un grupo de aldeanos se acercó para pedirme que dijera una plegaria en una casa vieja, abandonada, que imaginaban visitada por espíritus. Me contaron que muchos años atrás, la hija del matrimonio que allí vivía se había casado con un joven que había huido en la misma noche de bodas.

No tuve inconvenientes en aceptar el pedido, riéndome para mis adentros de las creencias de esos pobres campesinos ignorantes. Me indicaron la dirección y allá fui, dispuesto a complacerlos y convencido de que mi intervención no serviría de nada. Después de mi partida, ellos seguirían creyendo que la casa estaba embrujada y comentarían, orgullosos, que ni siquiera un alto funcionario había podido con el hechizo.

Estaba acercándome a la casa cuando de pronto empecé a reconocer las calles por donde pasaba y recordé, con un estremecimiento, que ése era el mismo pueblo y la misma vivienda donde yo mismo me había casado hacía ya tantos años.

La casa estaba vacía. Una atmósfera extraña la envolvía. Era un mediodía caluroso. El sol caía vertical, malsano. Las

columnas rojas brillaban como untadas con aceite. Al acercarme a la puerta, comprendí de pronto en qué consistía la sensación de extrañeza: era el silencio. El campo y el pueblo vibraban con el sonido de los grillos, la brisa, los múltiples insectos del verano. Pero a pocos metros de la entrada, todos los ruidos cesaban, como si la vida misma retrocediera, como si no se atreviera a acercarse a ese lugar maldito.

Entré casi en trance y caminé por los pasillos de la casa roja. Todo estaba limpio y prolijo, de una forma imposible de imaginar en un lugar abandonado. Enseguida llegué a nuestro cuarto nupcial.

Allí encontré a mi novia, tal como la había dejado, acostada y completamente muerta. Sin embargo su cuerpo parecía tan fresco y sano, tan joven como si nuestra boda hubiera sido el día anterior. Sus ojos abiertos me miraban resentidos, acusándome. Me sentí perseguido por esa mirada. Y empecé a preguntarme qué había sucedido en realidad en esa noche fatal.

Entonces me senté en el mismo rincón en el que había estado en mi noche de bodas, con los brazos apoyados en la mesa, de espaldas a la puerta. De pronto sentí que alguien me tiraba de la manga. Miré alrededor, pero mi novia seguía yaciendo muerta, inmóvil. Miré hacia abajo y otra vez se me heló el corazón: tenía la manga enganchada en un clavo que sobresalía de la mesa de madera, y cada vez que me movía, sentía un tirón.

Desesperado, comprendí entonces mi error. ¿Cómo podía haberla culpado? Mi novia había sido completamente inocente de la acción por la que yo la había condenado.

Había sido una rara belleza, inocente y tímida. Y yo la había perdido por mi estupidez y mi falta de confianza. Sintiéndome un miserable, me incliné sobre la hermosa jovencita dormida en un sueño eterno y la besé por primera vez, en la frente. No sé qué esperaba. Quizá soñé por un instante que mi beso me traería el perdón. Que la haría despertar, sonreír, cambiar el odio fijo de sus ojos por una mirada de amor.

Pero en el instante en que posé mis labios sobre su piel, su cuerpo comenzó a cambiar ante mis ojos. De golpe perdió el aspecto fresco y rosado y se convirtió en un cadáver del color de la cera, con ojeras como grandes pozos grisáceos. Sus uñas crecieron rápidamente, marrones, repugnantes. Las encías se retrajeron mostrando en una mueca horrible las raíces de los dientes. Un olor dulzón a carne muerta impregnó el aire.

Traté de huir, pero una fuerza demoníaca me mantenía inmóvil mientras mi bella novia avanzaba hacia la descomposición. Grandes manchas violetas de putrefacción comenzaron a marcar el cadáver, que se hinchaba, deformándose. Breves estallidos dejaban al descubierto lagunas colmadas de un líquido sucio. Ahora el olor era absoluto, sólido, intolerable.

Los gusanos blancos y hambrientos hacían su trabajo. La carne iba desapareciendo mientras se hinchaban esas larvas repugnantes, pero el pelo seguía pegado al cráneo y desde la calavera pelada los ojos vivos de mi amada seguían mirándome, me atravesaban con la fijeza del odio. Poco a poco se la fueron comiendo hasta que los huesos quedaron pelados y amarillentos, y después se rompieron y

se desintegraron, el cabello mismo desapareció convirtiéndose en polvo y en nada. Sólo entonces pude luchar contra la fuerza que me mantenía parado al borde de la cama y conseguí darme vuelta, salir de ese lugar de terror y desdicha.

¿Cuánto tiempo había pasado? Tenía la sensación de haber permanecido años enteros sumergido en el horror, sin embargo, cuando salí todo estaba igual. Mi carruaje me esperaba en el centro de la plaza. Los aldeanos agradecieron mi interés por la casa abandonada. Ahora, quizás, volvería a ser habitable.

Jamás me he perdonado. Pero la lección que aprendí me enseñó a controlar mis emociones y así conseguí alcanzar el alto puesto que tengo hoy. Por eso le debo tanto a mi novia muerta. Por eso jamás podría volver a casarme, Majestad, y traicionar a esa mujer ingenua y pura.

Y el emperador suspiró de pena.

Sobre "La esposa muerta"

Corea, por su lugar en el mapa, es una especie de puente natural entre los países que la limitan. Por eso su folklore se enriqueció con la imaginación de la China, de Rusia, Manchuria y Japón.

La columna vertebral sobre la que está construido este cuento podría resultarnos difícil de entender. Porque hoy, de este lado del mundo, da un poco de risa y un poco de rabia que una mujer sea rechazada por el terrible pecado de haberse atrevido a tirarle de la manga a su esposo en la noche de bodas. Ni la extrema timidez ni la inocencia son virtudes que se exigen ¡por suerte! de ninguna mujer.

Sin embargo, así eran las costumbres en épocas antiguas en los países de Oriente. Y el ministro del emperador cuenta su historia con tanto dolor que nos olvidamos de la sensación de extrañeza y nos dejamos llevar por el sentimiento.

El tema de un ser humano suspendido en un sueño entre la vida y la muerte vuelve a aparecer muchas veces, de muchas maneras, en los cuentos. En un extremo están las historias de *La bella durmiente* y *Blancanieves*, en las que el beso del príncipe despierta a la hermosa de un largo sueño. Del otro lado, recuerdo como ejemplo un cuento extraordinario de Edgar Allan Poe, ese escritor norteamericano que inventó casi el terror moderno. Es "La verdad sobre el caso del señor Valdemar", en el que un hombre hipnotizado, suspendido entre la vida y la muerte, termina por disolverse de forma muy parecida a la de esta historia.

Casi-mujer

Cuento africano



Con sus palos de cavar, con risas y susurros, todas las jovencitas de la aldea se iban al cebollar. No pensaban sólo en llenar sus bolsas de cebollas silvestres. Las muchachitas jóvenes tienen temas mucho más interesantes en qué pensar.

Entonces la madre llamó a una de ellas, a la más alta y bonita, cuya piel negrísima relucía de pura juventud.

–Tienes que llevar a tu hermanita –le dijo.

Esto sucedía hace mucho tiempo, en una lejana región del África. Nunca, en ningún lugar del planeta, los herma-

nos mayores se sienten felices de llevar con ellos a los más chiquitos.

Pero en esta aldea de Namibia, en esa época, los hijos a veces obedecían a sus padres. La pequeña Koka fue al cebollar con su hermana mayor.

Las muchachas seguían a Fanice, que las guiaba cantando con su hermosa voz. No todas sabían el secreto: sólo sus amigas muy amigas. El día anterior la linda cantora se había encontrado en el cebollar con un muchacho desconocido. Él la había ayudado a buscar y desenterrar las cebollas más grandes y sabrosas.

–Si vienes mañana con tus amigas –le dijo antes de irse–, vengo mañana con mis amigos. ¡Podremos divertirnos mucho!

Y ahora todas las ya-mujeres de la aldea se encaminaban hacia allí. El cebollar quedaba casi a dos horas de camino. Fanice estaba de mal humor por la presencia de Koka. Una casi-mujer no era más que una molestia y más todavía la pequeña Koka, tan curiosa y preguntona. Por fin se detuvo en el lugar donde el día anterior se había encontrado con su nuevo amigo.

–¿Aquí estuviste ayer? –preguntó Koka–. ¡Pero no estuviste sola! Veo huellas de pies que no son tus pies.

Fanice no tuvo que responderle. Porque los muchachos ya estaban llegando. Ellas se reían y ellos también, jóvenes, tímidos y alegres. No eran como los muchachos de la aldea, uno gordo y otro flaco, uno con las piernas cortas y otro con la nariz demasiado ancha. Éste era un grupo de hombres perfectos, diferentes unos de otros pero todos igualmente atractivos: fuertes, simpáticos, de ojos grandes

y hermosas sonrisas. Las ya-mujeres no pensaban más que en gustarles. Sólo Koka, la pequeña, la casi-mujer, se fijó en la forma extraña de sonreír que tenían los hombres, siempre con la boca cerrada.

Uno solo de los muchachos tenía un defecto: le faltaba un ojo. Pero no parecía que hubiera sufrido un accidente. La cara de ese lado estaba extrañamente lisa, como si hubiera nacido así, sin nada más que la piel tensa debajo de la ceja. Traía con él un tambor pequeño. Se sentó a un costado y, sin mezclarse con los demás, se puso a tocar un ritmo alegre. Todos empezaron a bailar. Menos la pequeña Koka, que, curiosa como siempre, se acercó al tuerto para ver más de cerca el tambor. ¿De qué estaba hecho? En parte de madera, por supuesto, pero el parche era de piel muy fina, demasiado fina. No era de ningún animal conocido.

Mientras las muchachas bailaban encantadas y juguetonas, Koka prestó atención al ritmo. El sonido le hablaba de un modo que las demás no podían entender. Y no le gustaba lo que decía.

–Hermana –dijo Koka, tratando de detener a su hermana mayor, que bailaba en mitad de una rueda–, ¿no escuchas las palabras del tambor?

–¡Koka, no molestes o no te traigo nunca más! –dijo la muchacha.

–Hermana, el tambor está diciendo “sangre”. ¡Escucha bien!

Ella escuchaba claramente y entendía. El ritmo insistía una y otra vez: san-gre-san-gre-san-gre-san-gre.

–No digas tonterías. El tambor dice “baila” y yo bailo. Una casi-mujer no entiende bien su voz. ¡Una casimujer no